

en 15 de agosto pasaban ya de 182.000 hombres los que Napoleón mantenía en la península frente al endeble y calamitoso ejército español, cuyas fuerzas más aguerridas se hallaban con el marqués de la Romana en Dinamarca. La lucha se desarrolló con diversas alternativas, como las defensas de Zaragoza y Gerona y las victorias del Bruch y Bailén, junto a las derrotas y continua ocupación de ciudades españolas por las fuerzas francesas.

Así empieza y comienza a desarrollarse la guerra de la Independencia española. Iba siendo la hora buena de enfrentarse a los malos amigos que descaradamente se habían convertido en enemigos. Las escenas presenciadas en Madrid y otros lugares ocupados por los franceses influyeron en la vida y porvenir de la mayor parte de los españoles. Testigos presenciales contaban por doquier los hechos ocurridos y su narración producía un hervor sordo que se transformaba en gritos de combate. Los generales españoles, en su inmensa mayoría generales de tiempo de paz y poco entendidos en el arte bélico, no tardaron en eclipsarse envueltos en el polvo de la derrota. Fracasó el ejército regular, mal organizado y peor dirigido y hubieron de surgir, una vez más, las guerrillas y partidas, formadas por personas de todas clases. Cada junta, cada noble o cada patriota organizó una partida o batallón que mantenía de su propio peculio y que lanzaban a la lucha contra el invasor.

Había llegado la hora, ante el fracaso del ejército, de echarse al campo. El pueblo hubo de luchar y luchar solo contra las disciplinadas y numerosas tropas francesas, sin encontrar más auxilio que la parca ayuda de los caseríos y aldeas y su propia fe y deseo de venganza. Los que deberían haber sido sus jefes y guías desaparecieron, cuando no los traicionaron, por lo que las ejecuciones y asesinatos de generales se verificó en gran escala. No había órgano rector de dirección ni la experiencia aprovechable del táctico, sólo los que la necesidad y el patriotismo improvisaban en cada instante y a cada momento.

Los primeros núcleos importantes de partidas se incrementaron, cuando no se formaron en muchas ocasiones, por la incorporación a las guerrillas de soldados desbandados o de desertores. La disyuntiva la plantearon los guerrilleros: alistarse voluntariamente al glorioso alzamiento nacional contra el Invasor o afrancesarse y vivir sometidos a los dominadores. Por ello hubo división y si las guerrillas y el ejército regular se vieron incrementados y aumentados por la incorporación de todos los hombres útiles para tomar las armas, por otra parte hubo muchos afran-

